

Trump: ¿Un parche nacionalista a la crisis de la globalización?

*Trump:
A nationalist patch to the crisis of globalization?*

Por Ricardo Aronskind*

Fecha de Recepción: 01 de febrero de 2017.

Fecha de Aceptación: 03 de abril de 2017.

RESUMEN

El proceso de globalización ha generado en las décadas recientes una serie de cambios distributivos en materia de riqueza y poder, caracterizados por la concentración de los recursos y la profundización de la desigualdad, tanto en los planos internos como internacionales. En ese contexto, las corporaciones multinacionales tuvieron un escenario propicio para el despliegue de su potencial productivo en todo el planeta, aún a costa del bienestar social en los propios países centrales. En tanto el malestar social habitó el mundo periférico, no se tomó nota de los aspectos más disruptivos del esquema globalizador. Nuevos hechos políticos, ahora en las principales naciones impulsoras de la globalización, que parecen contradecir algunos de los aspectos clave de este proceso —como la

creciente liberalización comercial—, reclaman una revisión de los elementos estructurales que están actuando como contra-tendencias de un ciclo mundial que se aproxima ya a las cuatro décadas. En el caso latinoamericano, en el cual las elites locales apoyaban decididamente el proceso globalizador y la aplicación de políticas neoliberales, la aparición de proteccionismo y unilateralismo en los Estados Unidos genera perplejidad y sorpresa, ya que incrementa significativamente la incertidumbre sobre el papel que podrá jugar la región en un escenario mundial crecientemente conflictivo y sobre la posibilidad de alcanzar mejores niveles de vida y progreso económico continuando con las mismas orientaciones neoliberales que constituían el “canon” conceptual del período anterior.

* Magister en Relaciones Internacionales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede académica Argentina y Licenciado en Economía por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente e investigador en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) en el Área de Estudios Políticos del Instituto de Desarrollo Humano. Correo electrónico: raronski@ungs.edu.ar

Palabras clave: *Globalización, Estados Unidos, Multinacionales.*

ABSTRACT

The process of globalization has generated in recent decades a series of distributive changes in terms of wealth and power, characterized by the concentration of resources and the deepening of inequality, both internally and internationally. In this context, multinational corporations had a propitious scenario for the deployment of their productive potential throughout the planet, even at the cost of social welfare in the central countries themselves. Insofar as social unrest permeated the peripheral world, the most disruptive aspects of the globalizing scheme were not noted. New political developments, now in the leading nations of globalization, which seem to contradict some of the key aspects of this process—such as increasing trade liberalization—call for a revision of the structural elements that are acting as counter- is already approaching four decades. In the Latin American case, in which local elites decidedly supported the globalization process and the application of neoliberal policies, the emergence of protectionism and unilateralism in the United States generates perplexity and surprise, since it significantly increases the uncertainty about the role that can play the region in an increasingly conflictive world scenario and the possibility of achieving better standards of living and economic progress by continuing the same neoliberal orientations as the conceptual “canon” of the previous period.

Keywords: *Globalization, United States, Multinationals.*

Introducción

Es casi un lugar común la opinión que la llegada del Presidente Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos es un fenómeno “disfuncional” a la dinámica política y econó-

mica que el mundo exhibía hasta el presente. Su impactante presencia, sus hechos y expresiones, han generado un infrecuente clima de malestar en la sociedad norteamericana, y perplejidad y preocupación aún entre los aliados más estrechos de los Estados Unidos. Por supuesto que el fenómeno Trump tiene una dimensión cultural e ideológica inocultable, que provoca no pocas reacciones de encono. Pero sólo puede terminar de entenderse el rechazo que se está manifestando en lo más diversos ambientes, porque la irrupción de un empresario que ha llegado a la presidencia de la principal potencia global, sin seguir el derrotero político convencional, ha puesto en discusión algunas de las premisas sobre las que se fue construyendo el orden neoliberal hasta el presente.

El objetivo de este trabajo es poner en diálogo la dinámica política y económica dominante hasta la actualidad—denominada “globalización”— y las novedades que trae un Presidente que ha declamado su ruptura con algunos de los valores, ideales y fundamentos del orden neoliberal, al tiempo que ha proclamado su voluntad de profundizar otros más allá de lo que social y políticamente parece posible en la actualidad.

Para ello, intentaremos presentar los que a nuestro juicio son los rasgos centrales de los últimos 40 años en la historia mundial, los problemas que entraña un orden global basado en el neoliberalismo, y las grietas y rupturas que pueden verificarse al tratar de realizar “reparaciones parciales” de problemas que están en la estructura del monumental edificio hegemónico construido en las últimas décadas.

Los cuatro grandes cambios sistémicos que constituyen los rasgos centrales de la globalización

La globalización tiene indudablemente numerosos aspectos políticos, económicos, tecnológicos, sociales y culturales, que no podremos abordar en este trabajo. Queremos seleccionar

y profundizar en las características de algunos de ellos, porque nos parecen centrarles para explicar el proceso económico y político mundial de los últimos 40 años, y las fisuras que se empezaron a advertir en los últimos tiempos.

Los cuatro rasgos centrales que queremos enfatizar son:

1) Debilitamiento del mundo del trabajo frente al poder del capital:

Es indudable que una de las características centrales del período de la globalización ha sido la pérdida sistemática de poder de los trabajadores frente al mundo empresario. No sólo en términos de derechos adquiridos, logros económicos y seguridad y estabilidad laboral. También en pérdida sistemática de conocimientos y capacidades absorbidas por las tecnologías productivas, como tan claramente se expresa en las tendencias a la robotización del proceso productivo. Pero también el retroceso en un aspecto central: la densidad política del actor asalariado, la presencia social del trabajo como integrante con peso propio en la toma de decisiones y en el diseño de las instituciones sociales.

El esquema keynesiano, como reacción política que reflejó el rechazo al desorden neoliberal de la preguerra, apuntaba a lograr el pleno empleo de los factores (trabajo, pero también capital) en el marco de una economía mixta (amplio sector público junto al mercado privado) con un importante grado de intervención estatal. Los trabajadores eran beneficiarios directos de dicho esquema, porque los ponía como motores irremplazables de una variable clave para el keynesianismo: la demanda. Pero con una particularidad: en el mundo keynesiano, la demanda está sostenida por los ingresos obtenidos en el proceso productivo. A diferencia del orden mundial de la posguerra, en el mundo de la globalización—donde no hay ni pleno empleo, ni salarios que evolucionen en paralelo a los aumentos de la productividad—, los ingresos relativamente

estancados de la mayoría de la población son complementados por los créditos masivos al consumo, que permiten sostener la demanda en niveles parcialmente compatibles con la producción global.

En la actualidad, parte de la creación de demanda en la economía está asociada ya no a lo que ocurre en la esfera de la producción—con una distribución relativamente equitativa de los ingresos—, sino al papel creciente del sector financiero, que concentra el poder de proveer los fondos adicionales para sostener el consumo en niveles compatibles con la capacidad productiva del sistema. Otro tema de extraordinario interés, pero inabarcable en este artículo de investigación, es cómo crea el sistema económico esos medios de pago que tanto poder le otorgan al sector financiero.

Los “padres fundadores” de la globalización occidental, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, partieron de enfrentar con rudeza a sus respectivos movimientos obreros como forma de comenzar con el desmantelamiento del poder social obtenido a lo largo de décadas por los sindicatos, y de bajar el “costo laboral” en función de incrementar la competitividad. En realidad, lo que se logró en toda la economía occidental fue mejorar significativamente los márgenes de ganancia empresariales, a través del debilitamiento del salario y por lo tanto del consumo “autofinanciado” de las masas, que fueron inducidas a un creciente endeudamiento financiero para continuar consumiendo, lo que a su vez reforzó su subordinación individual en las relaciones laborales. En otros términos, en las décadas recientes se logró mejorar la rentabilidad empresarial—especialmente en las grandes firmas—, gracias a diversos factores que debilitaron el poder del trabajo para mantener su participación en la distribución del producto.

2) Debilitamiento de las capacidades regulatorias estatales frente al poder corporativo privado:

Otro elemento distintivo de la globalización fue la demonización del Estado, al que se señaló como el punto de partida de toda ineficiencia económica, de todo despilfarro, de todo hecho social negativo –incluida la pobreza–. El aparato estatal pasó a ser objeto de reducción, de recorte, de eliminación de cargos y programas, con el objetivo de “modernizarlo”, hacerlo más “eficiente y dinámico”, y subsidiariamente –aunque parece haber sido el objetivo central– “aliviar la carga impositiva sobre el sector privado”. Un nuevo costo había sido descubierto por el discurso globalizador, el “costo” de lo público.

Se ignoraba así el papel central que jugó el Estado en la reconstrucción del capitalismo de posguerra, en la mejora notable del bienestar social en los 30 años que siguieron al brutal conflicto bélico, en el logro de estándares de vida y progreso material nunca antes logrados por la civilización. La persistencia en el discurso anti-estatista es un rasgo ideológico característico de la globalización: aún hoy se intenta pasar por alto su lugar central en la conformación de sociedades viables y vivibles.

El debilitamiento del Estado y de sus capacidades regulatorias fue la contracara del empoderamiento de las grandes corporaciones privadas, del sector financiero a nivel global, y del creciente desentendimiento del mundo empresario en relación a sus obligaciones con la sociedad.

El proceso de concentración y centralización del capital ha conducido a la creación de gigantescos grupos empresariales, que disponen de enormes masas de recursos humanos y financieros, así como de gran influencia en los sistemas políticos y medios de comunicación. Paradójicamente, surgió la temática de la “responsabilidad social empresaria”, en un mundo plagado por la depredación ecológica promovida por empresas mineras, energéticas y alimenticias, las reducciones impositivas, el abandono de los Estados de sus responsabilidades básicas, los enormes desequilibrios

macroeconómicos que se engendraron, y la aparición de las guaridas fiscales, como sinónimos del desinvolucramiento impositivo de los grandes capitales de los destinos de las sociedades en las cuales acumulan.

La expresión más acabada del desequilibrio público-privado a favor de este último, se pudo observar durante la crisis financiera global iniciada en el año 2008: un poderoso sector que había logrado “liberarse” de las regulaciones públicas dio origen a una crisis global que generó enormes deudas públicas para evitar un colapso económico general. Por irresponsabilidad privada y ausencia de adecuada regulación estatal se sumió en el estancamiento a buena parte de la economía occidental, se incrementó el desempleo global y creció la falta de perspectivas ocupacionales de los jóvenes. Característico de la ideología de época, y de la correlación de fuerzas políticas, la crisis financiera dio pie a nuevas “reformas” que tienden a desmontar aún más al Estado de bienestar. Sin embargo, el núcleo de grandes bancos que generó la crisis, apenas ha sido sancionado mediante multas irrisorias (en relación a sus ganancias) por las autoridades norteamericanas, y se ha consagrado un sorprendente “criterio” económico que contradice flagrantemente los principios de los padres fundadores del liberalismo económico: las grandes corporaciones financieras “no pueden quebrar” (“*too big to fail*”) ya que su caída generaría severos problemas económicos, por lo que deben ser obligatoriamente rescatadas por los Estados –o sea, por el conjunto de la sociedad–.

Queremos enfatizar lo que esto implica: instituciones privadas, que están en capacidad de provocar daños monumentales a la economía mundial, no deben ser sometidas a escrutinio público relevante, para no entorpecer “el clima de negocios”. Pero en caso de ser ellas mismas las afectadas por los desequilibrios que engendran, los Estados deberán evitar su desaparición, ya que son “muy importantes”

para la salud económica mundial. El sector público está puesto al servicio de resguardar las aventuras de los grandes jugadores privados, pero está inhibido de intervenir en establecer reglas que los obliguen a actuar con criterios socialmente responsables.

3) Debilitamiento de la influencia política y social de los sectores productivos frente a las lógicas de la rentabilidad financiera:

En tanto que los sectores productivos de la economía atravesaron enormes transformaciones vinculadas a la incorporación de nuevas tecnologías, que permitieron la reorganización de la producción a escala global, reduciendo costos y aumentando la rentabilidad de los conglomerados globales, el mundo de las finanzas sufrió una extraordinaria transformación de dimensiones planetarias. Esto se expresó tanto en la escala de sus actividades –gracias a la apertura y desregulación de los mercados locales–, como en la diversidad de oportunidades para realizar negocios altamente rentables en el muy corto plazo.

La actividad financiera pasó a comandar tanto la lógica de las empresas productivas –que debieron readaptar su organización interna a los dictados de la rentabilidad financiera– como el comportamiento de muchos Estados, que debido a su creciente endeudamiento tuvieron que someter el conjunto de sus actividades a criterios financieros muy distantes del sentido de la acción pública. Nuevas formas de la dependencia financiera surgieron en los años '80, inicialmente en el mundo periférico, pero luego estas formas de sujeción de la política pública a la lógica cortoplacista de las finanzas llegaron a las propias naciones centrales.

La crisis financiera de 2008 es, en ese sentido, una expresión de la nueva hegemonía de las finanzas sobre las instituciones políticas nacionales: un episodio que provocó enormes pérdidas productivas y sociales a nivel global,

no generó una revisión profunda de la forma de funcionamiento de un sistema –llamado “capitalismo de casino” por Susan Strange (1986)– que concentra ingresos en un sector estrecho de la economía global, y socializa las crisis entre todas las naciones del planeta. Pero el hecho relevante que estamos señalando es que en tanto la crisis de los años '30 del siglo pasado se resolvió dando un impulso central –por vías heterodoxas– a la producción (tanto para fines pacíficos, como militares), la actual crisis de estancamiento tiene su origen en la predominancia del actor financiero, que rechaza toda salida que implique algún tipo de quita en sus “derechos patrimoniales adquiridos” contra los Estados, las empresas y las familias.

Si el relanzamiento del crecimiento económico en el mundo occidental requiere en la actualidad de un alivio significativo del lastre del endeudamiento masivo, el predominio político-ideológico del sector financiero obtura tal salida, lo que a su vez condena al mundo realmente productivo a bajísimas tasas de expansión.

4) Debilitamiento de las naciones periféricas frente a las naciones centrales:

A partir de la década del '70, la brecha productiva, financiera, tecnológica y militar entre las naciones más desarrolladas y las periféricas se incrementó significativamente. El intento previo de reducir las disparidades –consagrado como un objetivo consciente del mundo de posguerra– se abandonó, y el proceso de globalización no hizo sino reforzar las disparidades en un proceso acumulativo que fue promovido y reforzado desde diversas instancias internacionales.

De gran importancia en estos procesos fueron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que impulsaron en la periferia los procesos de privatización, apertura importadora y desregulación que debilitaron las

instituciones públicas periféricas, entregaron sus mercados internos a las firmas multinacionales, desarticularon procesos productivos integrados localmente, incrementaron drásticamente la dependencia financiera en relación a la banca internacional y frenaron los procesos de industrialización y autonomía política.

Estos procesos que mencionamos más arriba no se verificaron en forma aislada, sino que se reforzaron mutuamente. La concentración global del ingreso aumentó dramáticamente la desigualdad global, como fue demostrado por el economista Thomas Piketty (2013): la desigualdad que había sido parcialmente moderada en buena parte del siglo XX, volvió a los estándares de fines del siglo XIX.

Las fuerzas sociales y políticas capaces de oponerse a tal proceso fueron debilitadas por las fuerzas centrífugas de la globalización. Los procesos de apertura económica y “libre comercio” sirvieron para obligar a la competencia entre trabajadores de diversos países, que se vieron repentinamente sometidos al chantaje de la falta de empleo producto de las reestructuraciones empresariales, los cierres de empresas y la migración de capitales, o la aceptación de condiciones crecientemente desfavorables de trabajo.

El formidable cambio tecnológico no fue neutral en términos distributivos, sino que el grueso de la productividad fue apropiado por las empresas. Tampoco fue neutral en términos regionales: la brecha de capacidades entre centro y periferia llevó a una creciente subordinación productiva de la segunda en relación a las potencias con capacidad de desenvolvimiento científico. La pérdida relativa de capacidades tecnológicas, financieras y políticas de las naciones periféricas, combinada con su menguada capacidad de negociación política en el contexto de un mundo unipolar en el que el centro económico global aceptó el liderazgo de los Estados Unidos, impulsó la adopción de estrategias de adaptación pasiva y unilateral al orden global y a las demandas y

requerimientos –no sólo económicos– de las firmas multinacionales.

Grecia, una nación integrante de la Unión Europea, pero ubicada económicamente en la periferia de ese bloque regional, constituye un caso flagrante de dominación financiera: el sistema de decisiones políticas ha quedado bajo el control –con un alto grado de coacción financiera– de factores externos (Comisión Europea, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional). La democracia ha sido completamente vaciada de contenido sustantivo.

La ideología de la globalización

A pesar de ser un proceso claramente promotor de desigualdades e inequidades, la globalización ha sido presentada como su opuesto, es decir, como un movimiento democratizante de las relaciones económicas internas y externas, capaz de generar “oportunidades para todos”. En general, la mayor parte de la literatura difundida sobre la globalización oculta los orígenes sociales de la misma, y tiende a presentarla como una especie de “emanación” de los procesos tecnológicos. Según ese relato, la investigación científica iría generando conocimientos que van modificando la vida humana y elevando sistemáticamente el nivel de bienestar, dando lugar a nuevos productos y consumos, y desplazando naturalmente las viejas técnicas productivas, los viejos actores y las viejas categorías económico-sociales. Con ese enfoque del cambio social derivado del cambio técnico “aleatorio”, queda invisibilizada la acción consciente de las grandes organizaciones globales, las acciones políticas de las grandes corporaciones económicas y de los Estados más poderosos para incidir en el orden global.

En el mundo actual nada hay menos “espontáneo” que la investigación científica: dada la enorme masa de recursos requerida para desarrollar innovaciones que impliquen saltos tecnológicos relevantes, es evidente

que la investigación científica está orientada en determinadas direcciones específicas por las grandes organizaciones, ya sean públicas o privadas, capaces de movilizar una enorme masa de recursos en personal de investigación, laboratorios y experimentación. Al mismo tiempo, se incluye la idea de “irreversibilidad” de los cambios sociales ocurridos durante la globalización: dado que éstos se basarían en la “inevitabilidad de los procesos tecnológicos”, lo único que cabría hacer es adaptarse —con el espíritu de la actualización, de la modernización, del progreso— a los “cambios” que provienen de la ciencia. Nuevamente, no hay intereses, no hay poder, no hay contradicciones en este relato de la historia reciente. La propia ciencia es elevada a la categoría de un dios infalible, siempre proveedor de “buenas noticias” para la humanidad.

De especial interés para las naciones periféricas, es el supuesto implícito en el relato globalizador de la desaparición de los intereses nacionales, en la medida que todas las naciones se benefician no sólo por el libre comercio, sino por la difusión de las técnicas y prácticas modernas. Puede ocurrir que algún sector productivo local se vea afectado, pero siempre será mayor, para cualquier país, el beneficio de abandonarse al libre comercio. Se ha sugerido reiteradamente, en el esquema globalizador, la existencia de un mundo de colaboración y beneficio mutuo, que encubre en realidad la reafirmación de la especialización de acuerdo a las ventajas estáticas ricardianas. No tendrían sentido, por lo tanto, las viejas prácticas proteccionistas, la promoción de determinados sectores locales, la construcción de sistemas nacionales de innovación propios, o la búsqueda planificada de determinados perfiles productivos o sociales.

En la época de la globalización, se habrían superado las viejas antinomias y concepciones que enfatizaban el conflicto gracias a la convergencia general de intereses. La revolución tecnológica implicaría una difusión automá-

tica de beneficios a toda la humanidad. La apelación a políticas que tomaran en cuenta las “viejas” divisiones nacionales o de clase sólo serviría para retrasar los necesarios procesos de modernización y progreso.

Globalización y neoliberalismo

La ideología económica de la globalización ha sido el neoliberalismo. Éste se ha presentado, históricamente, como un abordaje aséptico, técnico, apto universalmente para resolver problemas económicos, que no está atravesado —ni distorsionado— por intereses políticos ni económicos.

Desde su fundamento teórico más duro, la economía neoclásica, desconoce los elementos constitutivos de la sociedad, los intereses de clase, las luchas políticas, el ejercicio del poder. Intenta “matematizar” lo que son relaciones sociales en el campo de la producción y la distribución, inventando un modelo abstracto cuyos rasgos difieren profundamente de la realidad que se presume descripta por un conjunto de ecuaciones. Esa visión abstracta se ha vuelto crecientemente útil como negación de las tendencias concentradoras de la globalización, y para invisibilizar los mecanismos reales de cómo funciona la economía mundial. Alude a un mercado de competencia perfecta, en un mundo dominado por las grandes corporaciones, y a un consumidor soberano, cuya subjetividad en realidad está profundamente condicionada por los medios de comunicación que expresan al mundo de los negocios.

En esa misma línea, la ideología de la globalización plantea que todos los participantes en ese proceso, tanto los países centrales como los periféricos, tanto los sectores sociales más prósperos como los más desposeídos, se pueden beneficiar de la globalización, en la medida que acepten las condiciones que surgen del libre funcionamiento de los mercados. Se intenta así pasar por alto que no existe tal “libre funcionamiento”, dado que todas las instituciones sociales, incluidos los mercados, lo

hacen en un contexto de distribución de poder determinado.

La ideología de la globalización ha sido capaz de enunciar un conjunto de conceptos e indicadores, en línea con los supuestos ideológicos que la sustentan. Así, los “resultados económicos” medidos por las estadísticas convencionales (crecimiento PBI, exportaciones, inversiones extranjeras, etcétera) pueden llegar a mostrar cifras que son interpretadas como señales de progreso, aunque los supuestos beneficios no se reflejen en el bienestar concreto de los habitantes. Las recomendaciones de política económica neoliberales para las instituciones públicas rechazan explícitamente la posibilidad de redireccionar parte de los beneficios empresariales hacia actividades que se enlacen con el bien común. Habría un mecanismo, inverificable, que en algún momento extenderá al conjunto la prosperidad de la cúpula social. No es lo que la investigación empírica seria ha mostrado. El saldo de la globalización, hasta el presente, puede extenderse a buena parte del planeta: enormes beneficios para las corporaciones, menguados efectos para la mayoría de los habitantes del planeta.

El neoliberalismo, como discurso dominante de los *policy makers*, lleva a una lógica de la mercantilización de la vida, que choca permanentemente con necesidades humanas básicas. Así, cuestiones tan relevantes como la alimentación, los sistemas de salud, la procreación, la industria del entretenimiento, la utilización del ocio, las relaciones interpersonales, están siendo fuertemente intervenidas desde el mundo de las empresas. El intento de patentamiento por parte de corporaciones de semillas y plantas que pertenecen históricamente al conjunto del planeta, así como el intento de apropiarse del agua por parte de grandes multinacionales alimenticias, está poniendo de manifiesto los niveles de preponderancia de lo privado sobre lo público a nivel planetario.

Globalización y populismo

Típico del discurso de la globalización es la designación con el infamante título de “populista” a todos los ensayos de abandonar los cánones del mandato globalizador, no importa qué características tengan. La acepción es tan amplia, que entran en él figuras que van desde Adolf Hitler a Evo Morales. Y engloba desde las más disparatadas medidas económicas, hasta los intentos más sólidos de distribuir mejor la riqueza o modificar la inserción internacional de los países periféricos. Con notable frecuencia se presenta la confusión entre políticas que buscan mejorar la situación de las mayorías populares, y el sello “populismo”, como sinónimo de demagogia, autoritarismo, ineficiencia e insensatez económica. La única vía “seria” para mejorar el estado de las mayorías sería la del gobierno del mercado. Otras formas serían artificiales, y no se sostendrían en el tiempo, por ignorar la “naturaleza” de la economía.

La categoría neoliberal “populismo” es aplicada, por lo tanto, al “otro” neoliberal, en la medida que la amenaza marxista —la socialización de los medios de producción y el fin de la apropiación privada del excedente— no está presente en el actual horizonte político.

La utilización peyorativa de la categoría política “populismo” tiene en la actualidad una función política precisa: una vez que se ha instalado el término “populismo” como un modo de política económica tan demagógico como perjudicial, se le aplica el apelativo a todo intento de construcción alternativa al orden neoliberal, independientemente de sus características y viabilidad.

La reaparición de opciones políticas por afuera de la dominación corporativo-financiera vinculada al occidente capitalista es visualizada como peligrosa para el orden globalizado, y combatida por medios ideológicos y materiales, hasta que desaparezca como modelo de digno de ser emulado. Es importante entender que el debate sobre el populismo —tanto como sobre el neoliberalismo—, difícilmente será

desplegado en forma seria en el mundo académico o político, simplemente porque para los intereses dominantes en el mundo de la globalización lo que está en disputa son formas de control hegemónico de la sociedad, y no modelos consistentes que deberían ser sometidos a un riguroso control de resultados.

Efectos de la globalización y creciente malestar en los países centrales

De especial importancia para lo que aquí queremos analizar es que el predominio creciente de las necesidades empresarias por sobre las lógicas sociales —e incluso nacionales—, fue un fenómeno global que abarcó también a las principales potencias del planeta. Si en el mundo keynesiano las corporaciones multinacionales norteamericanas tuvieron una expansión global que potenció los ingresos de la casa matriz, los puestos de trabajo radicados en Estados Unidos, y la investigación en laboratorios locales, en el período de la globalización la tendencia a localizar partes crecientes del aparato productivo en el exterior, incluso a radicar las casas matrices en otras plazas en busca de mayores beneficios impositivos fue una constante. Desde la perspectiva microeconómica de las firmas norteamericanas, la ecuación de costos-beneficios se modificó a favor de una creciente rentabilidad, tanto por la reducción de costos laborales e impositivos (expresión de los procesos profundos que analizamos más arriba), como por todos los cambios institucionales y legales impulsados por los propios Estados Unidos en todo el globo, de forma de “acondicionar” el entorno global a las necesidades de acumulación y maximización de las firmas de ese origen.

Las multinacionales norteamericanas, con capacidad para obtener de cada espacio nacional aquel factor que mejora su rentabilidad, se relacionan con los Estados Unidos como un país caro o inconveniente en algunos aspectos, y por lo tanto, han trasladado sus instalaciones productivas a destinos más “eficientes”.

Para fortuna de ese país, no han corrido igual suerte sus laboratorios y centros de investigación, que siguen encontrando en ese espacio nacional abundantes especialistas en campos de punta científica y condiciones adecuadas para desempeñar sus tareas. Las corporaciones presionan sobre las administraciones norteamericanas para que reduzcan aún más la presión impositiva, las restricciones ambientales, desalienten la sindicalización de la mano de obra e incrementen diversos mecanismos de transferencia (a través del gasto público, subsidios, créditos). Sin embargo, son precisamente las características que alientan la migración de las corporaciones (salarios internacionalmente elevados, restricciones ambientales, rigor impositivo, gasto público impulsor de industrias estratégicas), las que le han dado históricamente a los Estados Unidos el *status* de gran potencia desarrollada y de gran mercado global.

Como está muy claro en el norte de Europa, el gasto público adecuadamente aplicado, el bienestar social difundido, la reducida desigualdad económica son parte de los costos voluntariamente asumidos por la sociedad para disfrutar de bienes que exceden ampliamente lo medible a través de los ingresos monetarios. Al mismo tiempo, lo que el mundo es hoy en materia de economías abiertas, Estados con menores capacidades regulatorias, incrementado poder del capital no sólo material sino simbólico, difusión de la ideología neoliberal individualista en el ámbito político, mediático y académico, se debe en buena medida al impulso global promovido desde los Estados Unidos. Debemos remarcar que las firmas con base en los Estados Unidos han sido mucho más beneficiadas por el proceso de globalización que el propio Estado norteamericano. Ellas utilizaron las nuevas condiciones creadas para acelerar su proceso de internacionalización en busca de mayor rentabilidad. Eso explica la divergencia que se viene observando, y que se profundizó en las décadas recientes,

entre los objetivos de las corporaciones y el bienestar de las mayorías en la principal potencia mundial.

La creciente discrepancia entre la buena salud de las corporaciones y los crecientes problemas sociales norteamericanos se puede observar en numerosos ítems, como los problemas de deterioro de la infraestructura del país, la existencia de 45 millones de personas que acuden a ayudas estatales para suplir sus necesidades alimentarias mensuales, los salarios de la mayoría de los trabajadores con ínfimas mejoras desde hace décadas –incluyendo el bajísimo salario horario mínimo–, la incertidumbre laboral de los sectores medios, los problemas de vivienda acentuados aún por la crisis de 2008, el estado decadente de áreas urbanas deprimidas, y la mala calidad de los servicios de salud y educación para sectores populares. Pareciera que el “sueño americano”, que conserva una extraordinaria capacidad de apelación fuera de los Estados Unidos, se ha tornado crecientemente borroso para los habitantes del propio país. En realidad, lo ocurrido en la gran potencia norteamericana no difiere sustancialmente de fenómenos ampliamente verificados en el mundo periférico, donde ciertas minorías sociales logran establecer mecanismos institucionales especialmente aptos para favorecer su apropiación de enormes rentas, lo que genera una prosperidad que sin embargo se circunscribe al espacio de la elite económica, pero que no impacta en la dinámica económica general.

El juego de las diferencias: Trump, republicanos y demócratas

No es un secreto para ningún analista de la vida política estadounidense que el Partido Republicano ha venido asumiendo posturas cada vez más antisociales, así como una deriva ideológica cada vez más agresiva, en las últimas dos décadas. En materia interna, los republicanos postulan un capitalismo primitivo, de Estado pequeño, pocos impuestos e

“iniciativa privada” –lo que no coincide con las prácticas estatales concretas que “hicieron grande a los Estados Unidos”–. En materia externa, suscriben la visión imperial del excepcionalismo norteamericano pero tienen discrepancias entre los neo-conservadores (más intervencionistas por la vía militar) y los realistas, más prudentes y, en algún sentido, más aislacionistas. En materia presupuestaria, se ocuparon de bloquear todo impulso reactivador de la economía vía el uso del gasto público en las gestiones demócratas y continuaron atacando las políticas sociales. Eso no parece contradecir que en sus propias administraciones tuvieran políticas claramente generadoras de déficit fiscal, al promover las reducciones impositivas a los sectores más adinerados, e incrementar el gasto, especialmente en materia de presupuesto militar. En cuestiones culturales y de valores, el Partido Republicano ha venido asumiendo posturas cada vez más retrógradas, debido a las influencias internas de iglesias evangélicas y otros sectores fuertemente conservadores.

El Partido Demócrata ha tenido una fuerte actitud intervencionista en todo el planeta, combinando políticas de disuasión y coerción, y sosteniendo firmemente la ideología de la globalización: “todos somos socios y todos nos beneficiamos”. Hay que destacar que Hillary Clinton, en su momento, criticó fuertemente a la administración Bush por su falta de atención a los problemas de América Latina, especialmente a las tendencias “autoritarias” y “anti-libre empresa”. Sabemos que en el lenguaje norteamericano, plagado de eufemismos, esas descripciones representan una expresión de hostilidad hacia todo gobierno que tenga mínimas aspiraciones de transformación económica y social y autonomía ideológica en relación al vecino del norte. El enfoque demócrata no ha diferido sustancialmente del republicano en cuanto a su pretensión de “país excepcional”, aún cuando tiende a apelar a la generación de mayores consensos, a mostrar

un Estados Unidos más liberal y dialoguista, y a aceptar ciertos intercambios en tanto mantengan al país en una posición hegemónica global. En materia cultural, los demócratas se han mostrado mucho más abiertos a los cambios, aceptando el multiculturalismo y los derechos de diversas minorías. Ese perfil es mucho más apto como base para erigir una cultura de la “globalización” con capacidad de generar consenso internacional.

Donald Trump tendrá que satisfacer con medidas concretas el discurso predominante en el Partido Republicano, y compatibilizarlo con su propia agenda personal, para obtener el apoyo parlamentario indispensable para poder gobernar. Seguramente, no tendrá problemas en adoptar la agenda social conservadora, o la política fiscal “pro-ricos” que caracterizan a su partido.

El giro Trump

Es muy probable que la gestión Trump tenga problemas con la agenda de la globalización impulsada hasta el presente por los Estados Unidos. Mientras la ideología de la globalización se encarnaba en la figura de la candidata Hillary Clinton (“la globalización nos beneficia a todos”), Trump proclamaba “Americanismo, no globalismo”. “América Primero” es la más perfecta síntesis de unilateralismo explícito. Pero si las líneas gruesas de la globalización que se ha transitado en las últimas décadas han respondido centralmente a las necesidades de las corporaciones multinacionales, ¿qué querría decir “americanismo”? Si la forma de maximizar beneficios de numerosas firmas norteamericanas es –para simplificarlo brutalmente– producir en China y vender en Occidente, ¿qué sentido tendría volver a producir en los Estados Unidos, que tiene salarios mucho más altos que los asiáticos, más controles fiscales y ambientales, y tasas impositivas más altas? Además, el rápido desarrollo del mercado interno chino como espacio de consumo, atrae la presencia de toda firma que quiera te-

ner rápido acceso a masas enormes de nuevos compradores. Para una gran corporación “no se puede no estar en China”.

Trump promete una fuerte rebaja impositiva (20%), combinada con aranceles altos (35%) a la importación desde Asia y eventualmente México. Un estudio más fino se requeriría para conocer el impacto en cada rama de la producción de una estrategia de ese tipo, y no puede descartarse que en algunas actividades pueda tener un efecto disuasivo favorable a la relocalización en territorio norteamericano. En términos de teoría económica más generales, Trump está proponiendo una reversión parcial de algunos aspectos que le disgustan del proceso de división internacional del trabajo comandado por las firmas multinacionales, introduciendo consideraciones políticas que siempre el discurso globalizador ha rechazado en el mundo periférico, tildándolas de “ineficientes”. La apelación interna lograda por el discurso electoral de Trump habla de un clima social donde la política económica activa pasó a ser bien vista, aun cuando viole las “tendencias naturales” de la globalización. Si Trump tuviera éxito en implementar esa visión y su política perdurara, es probable que el salario real se deterioraría (por el alza de los precios de los bienes sustituidos), pero se incrementaría el empleo (por la reindustrialización parcial, además de la obra pública que proyecta realizar), lo que tendría repercusiones políticas difíciles de proyectar.

Los Estados Unidos, con Trump, se incorporaría al tironeo internacional por el destino de las inversiones de las multinacionales, que hace ya décadas vivimos en el mundo periférico. Precisamente las “reglas” de la globalización han sometido a decenas de países a una competencia sumamente desventajosa para recibir los favores de la “inversión directa”. Ante la ausencia de procesos autosostenidos de desarrollo en numerosos naciones periféricas, las autoridades locales han participado en una suerte de subasta ruinosa para atraer capitales

externos. Dicha competencia implicó tratar de superar a otras naciones en materia de bajos salarios, precariedad laboral, irresponsabilidad ambiental, recortes impositivos, subsidios en energía y terrenos para las plantas, facilidades financieras para movimientos de fondos, carencia general de controles (sobre producción, exportaciones y precios de transferencia), etcétera.

La Política y la Nación –dicen ahora en Estados Unidos–, existen

Es importante observar que Trump escenifica nuevamente la utilización del poder nacional norteamericano para reposicionar a su país en el escenario global, a costa de terceros países.

Decimos nuevamente porque la historia reciente de la economía política internacional muestra cómo, desde los años '60, los Estados Unidos viene teniendo problemas de competitividad con diferentes países (Alemania, Japón, Corea, China) y los va resolviendo apelando a recursos extra-económicos: utiliza a fondo sus capacidades políticas y diplomáticas –con un trasfondo de inocultable poder militar– para revertir las dificultades de sus empresas.

El “Acuerdo del (Hotel) Plaza” de 1985, en plena euforia neoliberal reaganiana, fue una concertación política entre las principales potencias industriales para proteger la industria norteamericana manipulando los tipos de cambio entre la monedas de un puñado de países. No fue la mano invisible del libre mercado, sino el fuerte puño de la principal potencia que obligó a un redireccionamiento del comercio internacional. Unos años después, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) –negociado durante 1992 y vigente desde 1994– fue el producto de la necesidad de las automotrices y otras empresas norteamericanas de responder al extraordinario dinamismo de las firmas japonesas, que con nuevas técnicas organizativas y productivas, las estaban desplazando del propio mercado local. La barata mano de obra mexicana

jugó un importante papel en la supervivencia de los conglomerados norteamericanos, que trasladaron hacia el sur eslabones productivos intensivos en el uso de mano de obra.

Muchos otros episodios de las últimas décadas reflejan este particular uso del poder multidimensional norteamericano en defensa de sus empresas, que no se limita a aspectos legales o jurídicos. En el Parlamento Europeo se denunció en el año 2000 que el Programa ECHELON de espionaje informático (encabezado por los Estados Unidos con otros países anglosajones aliados) era utilizado para espionaje económico a las empresas de los principales países europeos competidores, lo que les generaba fuertes desventajas en la participación en procesos licitatorios por importantes contratos públicos en diversos países. Por lo tanto Trump, y el uso de recursos políticos –no económicos– para forzar nuevas mejoras en las relaciones económicas internacionales no introduciría mayores novedades en las prácticas norteamericanas, salvo que se creyera con altas dosis de ingenuidad en el discurso de “*fair play*” de la globalización. Pero al mismo tiempo “rompe” con el “dejar hacer, dejar pasar” predicado por la ideología de la globalización, con lo que agrieta el edificio conceptual destinado a neutralizar las políticas públicas y la acción estatal.

¿Del multilateralismo al unilateralismo?

Estados Unidos vino trabajando infatigablemente, durante la gestión Obama, en los tratados *Trans Pacific Partnership* (en adelante, TPP) y *Transatlantic Trade and Investment Partnership* (en adelante, TTIP), con un conjunto particular y escogido de naciones del Pacífico, y otro tanto básicamente de Europa. En realidad, los TPP y TTIP no son expresión de multilateralismo, sino agrupaciones de países recortadas de forma tal de promover y proteger los intereses comerciales norteamericanos. Los TPP y TTIP tenían la particularidad no

sólo de bajar los estándares laborales y medio ambientales de acuerdo a las ambiciones de las firmas multinacionales patrocinantes de los acuerdos, sino que incorporaban una legislación novedosa, que consagraba el derecho de las empresas a accionar judicialmente contra los Estados y obtener resarcimientos que –al tomar medidas regulatorias soberanas, en función de intereses sociales o ambientales– afectaran la rentabilidad de dichas empresas. Los TPP estaban plenamente impregnados de los intereses de las firmas norteamericanas –por ejemplo de los grandes laboratorios medicinales–, pero además convergían con una suerte de estrategia “nacional” de los Estados Unidos, de tratar de “contener” comercialmente a China y poner un freno a la expansión sumamente dinámica de los intereses de ese país y sus alianzas a nivel global.

El rechazo del presidente Trump al TPP (el TTIP no había encontrado consenso en la Unión Europea) no significa una menor hostilidad hacia China, sino una forma diferente de atacar al “problema”. Trump ha culpado a México, Japón y China de los desequilibrios comerciales norteamericanos. Ha puesto el problema en términos a la vez nacionales (esos países *versus* los Estados Unidos) y en términos partidarios (los demócratas “no han sabido negociar” y habrían firmado tratados lesivos para los Estados Unidos). Como “América está primero”, todos los acuerdos perjudiciales para la nación deberán ser revisados y renegociados. Lo relevante del discurso de Trump, en el sentido de impulsar un reindustrialización de los Estados Unidos, es que no da cuenta de las razones por las cuales una fracción de las plantas norteamericanas fue trasladada hacia China, y también a otros destinos lejanos. Es el límite de lo que el “nacionalismo de millonarios” puede explicar de los problemas que tiene la sociedad norteamericana.

La historia económica nos muestra que han sido precisamente las corporaciones norteamericanas, en función de sus intereses, y

en algunos casos de su supervivencia, las que trasladaron sus plantas al exterior, para obtener más ganancias y contratar mano de obra sustancialmente más barata. Y desde esos lejanos parajes, reenviar la producción hacia todos los centros de consumo, donde el nivel de ingresos permite absorber fácilmente la masiva producción proveniente de Asia. A los Estados Unidos no le arrebataron sus fábricas “pérfidas” potencias extranjeras, sino que fueron sus propietarios y gerentes quienes tomaron la decisión económica racional –en el marco del sistema capitalista– de trasladarlas fronteras afuera para incrementar sus beneficios, una vez que el Estado norteamericano mediante el ejercicio de su poderosa influencia diplomática, política y militar obtuvo las adecuadas garantías para que pudieran operar en todo el planeta sin riesgos de expropiación o de interferencias estatales perjudiciales. Pero si esto fue así, si la globalización fue una exitosa estrategia del capital multinacional para subvertir las regulaciones keynesianas para incrementar sus beneficios y eliminar barreras y restricciones proteccionistas, ¿cómo se compatibiliza esa lógica con la irrupción de un presidente no precisamente socialista, sino archi-capitalista, en el país rector del capitalismo global, atacando precisamente esa lógica globalizadora que tantos beneficios les ha brindado? ¿Podrá imponer Trump una nueva regulación, tendiente a relocalizar industrias globales hacia territorio norteamericano, y al mismo tiempo, mantener el actual “paraíso globalizado de las multinacionales”, donde parecen poder convivir salarios bajos y mercados de consumo prósperos?

El propio proteccionismo llevaría al incremento de los costos de numerosos productos para el consumidor norteamericano, para no hablar de los trabajadores industriales de ese país. De no incrementarse los salarios nominales –cambio que no figura en la agenda del actual presidente–, la estrategia reindustrializadora implicaría un salario real más bajo

por el alza del precio de los bienes transables. Depende de la intensidad de las medidas y las reacciones de la economía norteamericana, se podría producir un “*trade off*”, o sustitución entre más empleos, pero salarios reales más bajos, o incluso una caída también del empleo, si la inflación afectara contractivamente a la demanda en el mercado estadounidense.

Otro punto significativo de la posición de los Estados Unidos en el mercado mundial, es su papel de gran comprador global. Una de las fuentes de poder norteamericano, de enorme efecto disuasivo, es el acceso a su gran mercado interno. Numerosos países, desde los más grandes e industrializados, hasta los más pobres y precarios productivamente, han encontrado en ese mercado en las últimas décadas un cliente de enorme importancia. El comercio internacional también es fuente de poder: ante la amenaza estadounidense de cerrar sus puertas al ingreso de productos de determinado país, esa nación dudará seriamente en confrontar o contradecir a los estadounidenses —no sólo en el terreno económico—, porque de tomar los norteamericanos medidas de cierre unilateral de su mercado, serían capaces de producir fuertes impactos contractivos en la economía interna del país “rebelde” y un conjunto de consecuencias políticas desestabilizadoras. Por lo tanto, si bajo la conducción de Trump los Estados Unidos se volcara hacia una política abiertamente proteccionista, un efecto evidente es que debilitaría su ascendiente sobre el conjunto de naciones que tienen en su mercado un lugar central de realización de su producción. No sólo se sentirían menos presionadas para acompañar las posiciones norteamericanas en el orden internacional, sino que se verían obligadas a buscar nuevos socios y alianzas, en principio comerciales.

Efectos de la irrupción de Donald Trump sobre América Latina

Por supuesto hay una gran cantidad de incógnitas sobre cómo evolucionará la gestión

Trump que están irresueltas, ya que el cambio regulatorio no sólo dependerá de la voluntad del Presidente, sino de lo que el Congreso, el sistema judicial, el mundo empresario, y la opinión pública le permitan hacer, además de las relaciones externas con los países aliados. Ha sido especialmente alarmante el tipo de relación que se ha planteado con México, país de importancia material pero también simbólica para la región latinoamericana, asociado estrechamente a la economía norteamericana, y cuyos gobiernos recientes han sido leales “*partners*” de sus homólogos del norte.

La sombra de la orientación de la administración Trump sobre la sociedad mexicana parece ominosa. Luego de expresiones francamente discriminatorias en relación al conjunto de los migrantes mexicanos, el candidato Trump anunció la construcción de un muro que separará completamente los territorios de ambos países, con cargo a la economía mexicana. Además, expresó su voluntad de expulsar a varios millones de migrantes mexicanos indocumentados, de trabar eventualmente las importantes remesas que los trabajadores mexicanos envían a su país para ayudar a sus familias, y conminó a empresas norteamericanas que estaban planeando la construcción de nuevas plantas en territorio mexicano a que las relocalizaran en territorio estadounidense.

Ya como presidente, Donald Trump comenzó a implementar algunas de las medidas, aunque no todas, pero continuó el destrato a las autoridades mexicanas que no atinaron a posicionarse con firmeza frente a la ofensiva actitud norteamericana contra el “*statu quo*” de la relación entre ambos países. En un nivel más general se puede decir que la gestión Trump tiende, a nivel global, a modificar las relaciones comerciales, diplomáticas y militares en términos unilaterales —hasta donde sea posible—, a favor de los intereses norteamericanos. Para la región latinoamericana, débil económicamente, y que ha perdido su impronta política autónoma de la primera dé-

cada del siglo XXI, se presenta un escenario dificultoso, ya que la política norteamericana hacia la región sólo puede pensarse como más imperativa, y menos beneficiosa en términos estrictamente económicos, si se consolida la tendencia proteccionista reiteradamente anticipada por el actual presidente norteamericano. Lo llamativo es que aquellos países de la región que hicieron las apuestas más audaces a los tratados de libre comercio con el gigante norteamericano, pueden ver reducidas las –modestas– ventajas de esas estrategias de inserción global.

América Latina: la globalización descerebrada

La globalización se ha traducido, en la periferia latinoamericana, en políticas económicas neoliberales que no han acercado a nuestras sociedades al desarrollo, sino que las adaptaron a una función auxiliar de la acumulación de las potencias tradicionales o emergentes. Estas políticas no fueron espontáneas. Fueron promovidas desde los principales centros de Occidente, y adoptadas con entusiasmo por las elites locales. En el caso de Chile y Argentina, países pioneros en políticas neoliberales a nivel mundial, fueron impuestas directamente por la fuerza mediante gobiernos dictatoriales.

El proceso de irresponsable endeudamiento latinoamericano de los '70 –promovido desde la banca privada de los países centrales– llevó a la crisis con estancamiento de los '80, y finalmente a la adopción de las políticas canonizadas en el llamado “Consenso de Washington”, que, como su nombre lo indica, fue diseñado por economistas y *policy makers* norteamericanos. Esas políticas, que tanto dañaron el tejido productivo y social latinoamericano, fueron estimuladas desde Washington, con una combinación de *papers* pseudo académicos, presiones sutiles y amenazas diversas, pero en las que no se utilizó coacción armada para imponer los objetivos norteamericanos, porque se contó con la adhesión y el acuer-

do de las poderosas elites locales. El consenso bipartidista estadounidense no mostró fisuras en su relación con la región latinoamericana, considerada como mero apéndice comercial y de inversiones, a pesar de que en ese proceso otros capitales, fundamentalmente europeos, obtuvieron enormes beneficios de las aperturas, privatizaciones y desregulaciones.

Luego de décadas de experimentar con las mismas estrategias, de acumular estudios rigurosos de los ensayos empíricos realizados en numerosos países de la región, puede concluirse con total certeza que no hay políticas neoliberales de desarrollo. En cambio, se puede observar que el andamiaje económico neoliberal tiene capacidad para incrementar la rentabilidad de las grandes firmas de los países centrales, y de sus socios en la periferia, aun cuando estos resultados microeconómicos positivos, no guarden conexión alguna con el significado histórico del concepto de desarrollo. Ocasionalmente, alguna inversión de firmas multinacionales puede ser beneficiosa para alguna economía, como por ejemplo la instalación de una planta de Intel en Costa Rica, pero no cambian por sí solas su perfil productivo, ni la dinámica del subdesarrollo.

Políticas reales para el desarrollo: el inverso de la ideología de la globalización

Saliendo del ideológicamente limitado arsenal de políticas neoliberales, y estudiando en cambio la historia económica mundial, encontramos un conjunto de políticas públicas que efectivamente han sido capaces de promover el desarrollo. Por ejemplo:

-Las políticas industriales, que desde la revolución industrial marcan la diferencia entre naciones soberanas y subordinadas. La experiencia inglesa, como la norteamericana, la alemana, la japonesa y también la soviética, muestran lo que ha implicado la industrialización en materia de desarrollo y proyección internacional. Países que llegaron tardíamente

al despliegue industrial, como Corea del Sur, Taiwán o China, se basaron en una estrecha colaboración Estado-empresas con objetivos de desarrollo establecidos y monitoreados desde el sector público.

-Las políticas tecnológicas, como las que hace en forma masiva el Estado norteamericano, a través del gasto en Defensa e investigación Aeroespacial, la Unión Europea con sus investigaciones científicas de punta, Japón absorbiendo conocimiento y aplicándolo masivamente a la competitividad industrial y actualmente China, incorporando el saber hacer de las multinacionales a su propio acervo productivo.

-Las políticas comerciales, como han hecho Japón, los Tigres asiáticos, Alemania, o China, para conquistar agresivamente mercados para los productos fabricados en esos países, ampliando sistemáticamente la demanda mundial hacia su mercado interno. Las estrategias han sido diversas, desde apoyarse en la baratura de la mano de obra, o alternativamente en la inversión y capacidad tecnológica como Alemania y Japón. Lo que ha distinguido los proyectos de desarrollo de los que no lo son, es la dinámica, la dirección estratégica de los logros económicos. En los modelos de desarrollo conocidos, la baratura de la mano de obra no es un argumento permanente, sino un estadio transitorio a superar, del desarrollo. Si no hay cambio en las estructuras productivas, puede verificarse aumento de la producción, pero no desarrollo.

-Las políticas de integración, como las que hizo la Unión Europea, para proyectar hacia el mundo un espacio de 500 millones de individuos, pesar comercialmente, potenciar sus empresas y proyectar un signo monetario independiente del dólar norteamericano. Más allá de la impronta regresiva que tomaron las instituciones europeas en épocas recientes, o los errores de construcción institucional, el éxito del intento se vio en la irrupción de ese espacio, con peso propio, en el gran escena-

rio global. Por el contrario, no existen casos concretos en los que por el hecho de abrir la economía, privatizar las empresas públicas o retirar las regulaciones destinadas a defender el bien común se genere alguna forma de impulso al desarrollo, como se ha comprobado largamente en América Latina y en toda la periferia subdesarrollada.

La versión periférica de la ideología de la globalización

Lo que se debe explicar en este espacio geográfico-político, es la reiteración de políticas subdesarrollantes. Sostenemos que la persistencia y repetición de las políticas económicas neoliberales en nuestra región no reflejan el reconocimiento social hacia estrategias que nos habrían impulsado hacia el progreso, como tampoco son el resultado de un debate académico riguroso que demostró teóricamente las ventajas del neoliberalismo. La recaída de la región en las prácticas económicas neoliberales refleja la hegemonía política e ideológica de sectores locales reducidos, articulados con una estructura hegemónica global, que se beneficiaban ampliamente de la inserción internacional subordinada de la economía latinoamericana en dinámica de la globalización.

En el largo tramo histórico que precedió a Trump, se generó un "credo" neoliberal latinoamericano basado en la premisa de que se debía "acondicionar" la región para que fuera capaz de recibir inversión extranjera directa. En ese sentido, se puso mucho énfasis en la "credibilidad" que debía lograrse frente a los "mercados". Se insistió que eso se lograba con políticas fiscales y monetarias austeras, Estados pequeños, bajos impuestos y trabas burocráticas, y partidos políticos "modernos" que "comprendieran" y supieran "administrar" las reglas de la globalización. Logrados esos contextos propicios, las inversiones extranjeras fluirían con avidez hacia la región, promoviendo el crecimiento económico (del cual

se derivaría, espontáneamente, el bienestar colectivo).

La ideología de la globalización, en nuestra región, instaló como “prestigiosa” la postura intelectual de abjurar del nacionalismo, entendido como una rémora del pasado, desactualizada, perimida y perjudicial para el progreso, al que se le adicionó como consustancial el mote de autoritario. Esa ideología, que era indiferente a las características cualitativas de lo que se produjera, se tradujo concretamente en políticas anti-industriales y de desinterés por el desarrollo científico-técnico local, porque el criterio de selección productiva era favorecer a aquellos bienes por los cuales hubiera interés en los mercados centrales. Copió de los centros la prédica anti-estatal, al cual se procedió a debilitar en su estructura administrativa y capacidad recaudatoria, aunque las estadísticas internacionales demuestren que sólo en la periferia el gasto público perdió peso significativamente en relación al PBI. La ideología periférica de la globalización explica que el capital local o el capital extranjero son indiferentes desde la perspectiva pública, aunque esa práctica de indiferenciación no se aplica en las grandes naciones industriales, que cuidan celosamente la propiedad nacional de sus recursos estratégicos.

Si bien es cierto que en buena parte de América Latina los capitales locales extraen desde el espacio nacional tantos recursos como las firmas multinacionales, con lo cual su impacto en la acumulación no se diferencia sustantivamente del capital extranjero, se pueden observar otras experiencias nacionales donde las grandes empresas locales se constituyen en motor de avance del conjunto económico local. La ideología de la globalización insistió en nuestra región con la adopción del “modelo chileno”, país en el que fue impuesto autoritariamente el neoliberalismo en los años '70, y que luego encontró una forma regulatoria macroeconómica estable, aunque conservando los rasgos de inequidad interna,

y de dependencia externa que caracterizan al subdesarrollo. Por otra parte, el caso chileno es un modelo de insularidad en relación a su entorno, y de conflictiva vinculación con su propia región geográfica de pertenencia.

En la década reciente, el relato globalizador en Latinoamérica comenzó a señalar al Perú como el otro modelo a imitar. En este caso, la realidad que se ofrece cubierta de elogios supuestamente objetivos, es aún más limitada que la del caso chileno, porque los buenos indicadores peruanos en materia de crecimiento del producto o de las exportaciones de los últimos tiempos están vinculados exclusivamente al fenómeno de la minería transnacional y a la coyuntura favorable de esos *commodities*. Los “grandes éxitos macroeconómicos” peruanos no han tenido efectos relevantes sobre el bienestar de la población (salud, educación, vivienda, calidad de vida), ni sobre la transformación progresiva del tejido productivo del país.

El tema mexicano, en cambio, no es presentado por la ideología de la globalización como un modelo exitoso, no sólo porque no lo es —después de más de dos décadas de hacer una apuesta estratégica a un tratado de libre comercio con la mayor potencia del planeta—, sino porque desde esa misma potencia se ha sugerido, en las últimas décadas, que México es un *Estado fallido*. Tal caracterización sostiene que el gobierno central ha perdido el control de fenómenos como el narcotráfico y la violencia social, y que las instituciones centrales del Estado mexicano, los partidos políticos, pero también las fuerzas armadas, han sido penetradas por el crimen organizado. Habría un colapso de la institucionalidad dentro del modelo estadual consagrado en occidente. Con esa explicación, se pretende imponer una interpretación culturalista-idiosincrática que sostiene que los problemas agudos que se presentan en la sociedad mexicana son endógenos, y no guardan ninguna relación con las limitaciones evidentes de las políticas neo-

liberales implementadas en las últimas tres décadas.

Al asumir como proyecto propio el lugar asignado por el capitalismo global a América Latina en la división internacional del trabajo, la elite latinoamericana promueve activamente la cristalización del subdesarrollo. Al adoptar la ideología de la globalización como su propia ideología, aunque cuando ésta tenga efectos excluyentes para una parte significativa de la población, consagra su desvinculación parcial del destino del conjunto de la comunidad a la que formalmente pertenece. El único agregado específicamente local a la ideología de la globalización, pero que tiene el sentido de afirmarla, es la necesidad de una estrecha alianza con el norte occidental desarrollado como precondition para el crecimiento. En ese sentido, se puede advertir el fuerte sesgo ideológico que impregna a la elite latinoamericana. Su cosmovisión no da cuenta de la rápida y profunda transformación del mercado mundial en las últimas décadas, con la extraordinaria novedad de la irrupción de Asia como gran región económica y el impacto que esto tiene sobre el orden global.

A diferencia de las dirigencias de los países desarrollados, que elaboran estrategias a partir de la lectura –equivocada o no– de sus realidades y necesidades nacionales, las elites periféricas leen sus propias realidades directamente a partir de la óptica de los países centrales y de los discursos promovidos desde las grandes corporaciones multinacionales y financieras.

Desasosiego de las elites latinoamericanas frente al giro Trump

En ese sentido, la irrupción de Trump es desconcertante para las elites regionales, porque contradice y pone en duda el discurso feliz, armónico y hegemónico de la globalización. Donald Trump ha reiterado insistentemente durante la campaña electoral de 2016: “Americanismo, no globalismo”. Pero el discurso globalizador de las décadas precedentes (con-

vergente con los intereses específicos de las elites locales) había educado a las dirigencias políticas latinoamericanas a proclamar el final de las realidades nacionales, la inexistencia de intereses nacionales que tuviera sentido defender (incluida no sólo la economía, sino la cultura), lo arcaico del proteccionismo, del resguardo del mercado interno, y del Estado activo... Con conectar profundamente la economía local con los mercados externos –en la forma que éstos demandaran– alcanzaría para ingresar a una dinámica de expansión y progreso.

En esa lógica globalizadora, se afirma con la vuelta de los gobiernos neoliberales como los de Argentina y de Brasil una nueva apuesta a los recursos naturales, coincidiendo con las necesidades de los grandes mercados. Rápidamente surge el desdén a la integración regional (MERCOSUR, UNASUR) y la admiración por la integración bilateral con los Estados Unidos (Alianza del Pacífico) y la apuesta al Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea. El problema crucial de esta vuelta al pasado, es que esta apuesta a actividades productivas primarizadas no incrementa ni el valor agregado, ni el empleo, ni mejora la distribución primaria del ingreso. Por el contrario, al ser concebidas en contraposición a las actividades industriales y de incorporación de valor local, tienen efectos subdesarrollantes. Por lo tanto, y volviendo al impacto de Trump en nuestra región, es difícil pensar en qué sentido la elite latinoamericana podría ceder más en relación a la nueva gestión norteamericana, dado que su propia ideología la lleva a un pensamiento satelital y dependiente, siempre *aggiornado* a las necesidades “del mundo”. No casualmente, son los sectores neoliberales latinoamericanos los más preocupados por el nuevo rumbo de la gran potencia del Norte, ya que tendería a desmejorar lo que para la elite son condiciones “óptimas” de funcionamiento.

Conclusiones

El pensador británico David Harvey ha acuñado hace ya un tiempo la expresión “acumulación por desposesión” (2003) que se diferencia de la tradicional “acumulación de capital” de las fases tempranas del capitalismo, en el sentido que no basa la ampliación de riqueza de ciertos sectores capitalistas en producir nueva riqueza, sino en capturarla de otros sectores productivos donde efectivamente se crea valor. La sugestiva expresión nos invita a pensar en el proyecto Trump. Si se sigue con la lógica comercial anunciada por el nuevo presidente, no se crearían nuevas fábricas en el mundo: el *stock* actual se redistribuirá a favor de la potencia que está en capacidad de condicionar a las corporaciones para que orienten su esquema global hacia su territorio. Sería un cambio regulatorio global para mejorar las condiciones de funcionamiento del capitalismo “territorial” norteamericano. Se intentaría una “acumulación” por reversión del ciclo de relocalización del capital vivido en las últimas décadas, a costa de las áreas más dinámicas del sistema mundial actual, especialmente China.

Trump intentará así enmendar los efectos sociales de la globalización en el territorio norteamericano, a costa de la producción y los empleos en otras naciones. La mayor parte del *déficit* comercial norteamericano se explica por las importaciones de China. La preocupación por la proyección china en el mundo, como eventual competidor de los Estados Unidos, no es nueva. En ese sentido, Trump no hace otra cosa que continuar la línea demócrata de “contener” el papel mundial de China, pero por otras vías diferentes a los fallidos tratados de comercio e inversiones. La apuesta de alterar “parcialmente” los mecanismos en los que reposa la globalización no parece tener el éxito garantizado.

En Gran Bretaña, que aún no se ha sumergido plenamente en el proceso de desvinculación de la Unión Europea, ya se pueden observar una serie de síntomas de desmejoramiento económico significativas, que incluyen desde

la pérdida de valor de la moneda local hasta la migración de empresas –y bancos!– desde la City londinense hacia otros países comunitarios. Escocia ha renovado su ímpetu independentista, potenciado ahora por la adhesión de su población al proyecto integracionista europeo. El país, uno de los puntales de la globalización, ha entrado en un sendero que parece tener una dinámica impredecible.

No se sabe cuál va a ser la extensión y profundidad del trumpismo, ni si lo van a lograr neutralizar o moderar las poderosas fuerzas sistémicas que operan en los Estados Unidos. Pero en el caso en que el actual presidente norteamericano lograra avanzar con su programa de reformas, tampoco es posible saber qué grado de perdurabilidad tendrían esas medidas luego de terminado su mandato.

Para tratar de avanzar en una respuesta a estos interrogantes, se debería poder contestar otra gran pregunta: ¿a quién representa Trump en el mundo del gran capital? ¿Es el representante de una fracción emergente con poder para sostener una disputa frente al sector “globalizador” de las corporaciones mundiales? ¿O es un fenómeno que refleja una dimensión fuertemente política –habitualmente soslayada por los ideólogos de la globalización–, donde la búsqueda de congruencia económica es secundaria?

La incertidumbre del nuevo escenario encuentra a nuestra región dominada por elites que tienen una visión desactualizada sobre la estructura económica y política del mundo. Estos sectores dominantes parecen hoy incapaces de concebir instrumentos de intervención y regulación eficaces para enfrentar la actual coyuntura, preservar nuestras sociedades de los vaivenes del desorden neoliberal y mantener, en la previsible tormenta global, un rumbo hacia el bienestar colectivo.

Referencias bibliográficas

Aglietta, M. y Rebérions, A. (2010). *El capitalismo financiero a la deriva. El debate sobre el go-*

- bierno de la empresa. Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- Altvater, E. y Mahnkopf, B. (2002). *Las limitaciones económica, ecología y política de la globalización*. México: Siglo XXI Editores.
- Amsden, A. (2007). *Escape from Empire. The developing world's journey through heaven and hell*. Massachusetts: Massachusetts Institute of Technology.
- Anderson, P. (2014). *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Ediciones Akal.
- Anderson, P. (2012). *El Nuevo Viejo Mundo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Aronskind, R. (2007). *Riesgo País, la jerga financiera como mecanismo de poder*. Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual.
- Arrighi, G. (2009). *Reading Hobbes in Beijing: great power politics and the challenge of the peaceful ascent*, en *Routledge handbook of International Political Economy. IPE as a global conversation*. Routledge, Gran Bretaña: Editado por Mark Blyth.
- Berman, M. (2006). *Economía, Tecnología, en Edad Oscura Americana. La fase final del imperio*. México: Sexto piso Ediciones.
- Boyer, R. (2011). *Los financieros ¿destruirán el capitalismo?* Buenos Aires: Miño y Dávila y CEIL-CONICET.
- Corbalán, Ma. A. (2002). *El Banco Mundial, intervención y disciplinamiento*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Cox, R. W. (1987). *Production Power and world order. Social forces in the Making of History*. New York: Columbia University Press.
- Chomsky, N. (2012). *Estados fallidos. El abuso de poder y el ataque a la democracia*. Buenos Aires: Ediciones Ñ.
- Chun, L. (2006). *La transformación del socialismo chino*. España: El Viejo Topo.
- Domenach, J.-L. (2006). ¿Adónde va China? España: Paidós.
- Fraser, N. (2014). ¿Puede la sociedad transformarse en una commodity? Reflexiones pospolanyianas sobre la crisis capitalista. En J. L. Coraggio y J. L. Laville (Comps.). *Reinventar la izquierda en el siglo XXI*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Fukuyama, F. (2004). *Estados débiles y legitimidad internacional*. En *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Gelber, H. G. (2007). *El dragón y los demonios extranjeros. China y el mundo a lo largo de la historia*. Buenos Aires: RBA ediciones.
- George, S. (2010). *Sus crisis, nuestras soluciones*. Barcelona: Icaria Editorial y Intermón Oxfam.
- Gowan, P. (2010). *A calculus of power. Grand strategy in the twenty-first century*. Estados Unidos: Verso.
- Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hinkelamert, F. (2014). *La rebelión de los límites, la crisis de la deuda, el vaciamiento de la democracia y el genocidio económico-social*. En J. L. Coraggio y J. L. Laville (Comps.). *Reinventar la izquierda en el siglo XXI*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Hobsbawm, E. (2012). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Buenos Aires: Ediciones Ñ.
- Johnson, Ch. (2010). *Dismantling the Empire. America's last best hope*. New York Metropolitan Books.
- Keohane, R. (2005). *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Estados Unidos: Princeton University Press.
- Kissinger, H. (2012). *China*. Buenos Aires: Ediciones Debate.
- Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great power politics*. Estados Unidos: University of Chicago.
- Nun, J. (2003). *Los bandoleros errantes y el proceso democrático en la Argentina*. En N. Minsburg (Coord.). *Los guardianes del dinero. Las políticas del FMI en la Argentina*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Palma, J. G. (2009). *Why did the Latin American critical tradition in the social sciences become practically extinct?* En *Routledge handbook of*

- International Political Economy. IPE as a global conversation.* Routledge: Editado por Mark Blyth.
- Pinheiro Guimarães, S. (2005). *Cinco siglos de periferia. Una contribución al estudio de la política internacional.* Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Sapir, J. (2008). *El nuevo siglo XXI. Del siglo americano al retorno de las naciones.* Barcelona: Ediciones El viejo topo.
- Wade, R. (1999). *El mercado dirigido. La teoría económica y la función del gobierno en la industrialización del Este de Asia.* México: Fondo de Cultura Económica.
- Wade, R. (2013). The art of power maintenance. How Western States Keep the Lead in Global Organizations. *Revista Challenge.* January-February, Estados Unidos. Disponible en:<http://www.conectas.org.br/arquivos-site/The%20Art%20of%20Power%20Maintenance%281%29.pdf>
- Wolin, Sh. (2008). *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido.* Buenos Aires: Katz Editores.